

Al que muere en defensa de la Patria.
 —¡Padre, me muero! Mi mujer, mis hijos
 ¡Ellos eran mi orgullo y esperanza!
 Decidles que morí pensando en ellos!
 —¿En dónde están?
 —En tierras . . . muy lejanas. . . .

Suena en esto un clarín, y el moribundo
 Se incorpora en el borde de la cama,
 Hirsutos los cabellos, anhelante
 El aliento, hoscía y fija la mirada;
 Extiende el brazo rígido y enjuto,
 Como si algún objeto señalara,
 Y exclama con voz ronca, estertorosa:
 “¡Allí están! ¡A las armas! ¡A las armas!”
 Y fué ese esfuerzo su postrer esfuerzo,
 La voz de alarma su postrer palabra,
 Como si, al irse á separar del mundo,
 Quisiera que su espíritu velara
 En aquel desigual rincón de tierra,
 Imágen de la patria esclavizada.
 Murió el patriota; el sacerdote mismo
 Los párpados le cierra, y con cristiana
 Unción, entona el triste “de profundis”
 Que á los difuntos el ritual señala;
 Se retira, por fin, y se aproximan
 Dos hombres con petates y reatas,
 Envuelven el cadáver y lo lian;
 Quedaron listos féretro y mortaja;
 Y al ver el fardo aquel nadie creyera
 Que entre sus ligaduras encerrara
 Los despojos de un héroe, convertidos
 En gigante *tamal* de carne humana.

* * *

Héroes sin nombre, que luchásteis siempre
 Llenos de fe y abnegación sobrada,

Teniendo en perspectiva privaciones
 Sin cuento, hambres, vigiliás, asechanzas,
 Persecuciones, males y fatigas,
 La muerte y el olvido ¡Que Dios haya
 Acogido en el seno de su gloria
 El patriótico amor de vuestras almas!
 Hoy no teneis aquí ni un monumento
 En que la ruin generación que pasa
 Recuerde vuestro noble sacrificio
 A la generación que se levanta;
 Pero dormid en paz, llegará el día
 En que cada ciudad tenga una plaza
 Donde haya esta inscripción que perpetúe
 Vuestra memoria venerada y santa:
 “A los héroes sin nombre que murieron
 Por darnos honra, libertad y Patria.”

* * *

Aquel clarín que el moribundo oyera,
 Oyéronlo también en sus moradas
 Todos los insurgentes; y al oírlo
 Dijeron: “Es la órden de la Plaza.”
 Una hora después en los cuarteles
 Claro resuena el toque de *llamada*,
 Y de todos los puntos presurosa
 Llega la gente que se encuentra franca;
 Y tal parece aquello una colmena
 De donde las abejas espantadas
 Huyeron, y regresan atraídas
 Si el colmenero toca la campana.
 Los oficiales van formando grupos
 En la parte exterior de las barracas,
 Y en voz baja discuten y comentan.
 Escuchemos:

—Sin duda nos prepara
 Algun golpe de mano el enemigo.

—¿Pero quién avisó?
 —Yo no sé nada.
 —Pues algo debe haber
 —Eso es seguro
 —Si no, ¿á qué vienen precauciones tantas?
 —Pero vamos á cuentas. ¿Qué sucede?
 —Sucede
 —¿Qué?
 —¿Quién sabe lo que pasa?
 —¿Nadie tiene la órden?
 —Yo la tengo;
 Mas la quise poner sólo extractada
 En lo más principal
 —¿Lo extraordinario?
 —¡Eso!
 —Pues está bien!
 —Con eso basta!
 —Atencion: “dado el toque de oraciones,
 Seguirá el de silencio”
 —Cosa rara!
 —Si interrumpen, no sigo
 —Bien, silencio!
 —“ . . . el de silencio; y quedará cortada
 “La comunicacion con los de tierra:
 “Que no haya ni vendimias, ni fogatas;
 “La gente dormirá por compañías
 “Y cada uno sin soltar el arma;
 “Lleven cinco paradas de cartuchos
 “Y de las cuales dos descabezadas;
 “Los ranchos, los enfermos, los heridos,
 “Los prisioneros todos, la ambulancia,
 “Listos al primer toque; los barqueros
 “Que preparen las sirgas y las balsas;
 “Y en cada cuerpo, media compañía
 “El servicio dará de imaginaria,
 “Por dos horas y en pié; que los retenes
 “Refuercen cada punto; que dobladas
 “Queden las rondas; y en las dos riberas

“Súficientes escuchas y atalayas;
 “*Alto*, en vez de *quién vive*; y los *alertas*
 “Dando en la cartuchera dos palmadas.”
 —Ya lo veis: ¿á qué tantas precauciones?
 —Quién sabe!
 —Nadie sabe lo que pasa!

Y así siguió la discusion: los corros
 Fórmanse aquí y allí; y miéntras charlan
 Va declinando el dia; y el crepúsculo
 Anuncia sus primeras tintas pardas,
 Cuando se oye gritar: “¡Correo! ¡Correo!”
 Y se mira un ginete que cabalga
 Con direccion al puente levadizo
 Que forma el tronco de robusta palma;
 Y despues de preguntas y respuestas
 Dadas y recibidas en voz baja,
 La guardia que vigila en ese punto
 Al correo le deja libre entrada,
 Pues conduce, segun su mismo dicho,
 Noticias que parecen de importancia.
 Y del jefe del campo á la presencia
 Llevan al mensajero; y éste saca
 De una faja que lleva á la cintura,
 Un pliego del tamaño de una carta:
 Saluda con respeto y lo presenta
 A un hombre jóven, de estatura alta,
 Garboso porte, majestuoso gesto,
 Naríz correcta, redondeada barba,
 Largas patillas, negras y sedosas,
 Cayendo á todo el largo de la cara;
 El cabello peinado hácia la frente,
 Y ésta lisa y en forma abovedada;
 Párpados gruesos y las cejas finas,
 Ojos negros y largas las pestañas,
 Labios rosados que salud denotan,
 Y en el conjunto la bondad resalta.
 Desdobla el pliego y pálido se pone

Al recorrerlo con la vista; y manda
 Con tono reposado y comedido
 Que de la tienda los presentan salgan:
 Así lo hacen; y al quedarse solo,
 Recatándose va de las miradas
 De los dos centinelas que pudieran
 Adivinar la pena que le embarga;
 Y triste, semejante á un "Ecce Homo,"
 Sentado sobre el catre de campaña,
 Contempla el pliego que en la mano tiene,
 Miétras el llanto por su faz resbala.
 El contenido dice: "Compañero,
 "Su padre D. Leonardo (que Dios haya
 "Perdonado) ha muerto en vil garrote
 "A manos del verdugo, y rechazada
 "Fué mi proposicion, pues por su vida
 "La de ochocientos españoles daba.
 "Todos los prisioneros que usted tenga
 "Páselos á cuchillo, sin tardanza,
 "Que á cuatrocientos más hago lo mismo
 "Como justa y debida represalia."
 Y en la firma se lee: "JOSÉ MORELOS."
 Besa el jefe el papel y se lo guarda;
 Seca su llanto, se levanta y dice:
 —¡Sangre por sangre, sí, centuplicada!—
 Y, febril, como presa de algun vértigo,
 A largo paso de la tienda escapa;
 Los ayudantes salen á su encuentro
 Y á todos, ménos uno, los rechaza
 Diciéndoles:

—Dejadme; necesito

Estar solo por hoy; con uno basta.
 Y dice al ayudante que se queda:
 —Daréis la órden al mayor de plaza
 De que toda la fuerza quede lista
 Para formar mañana en gran parada:
 Todos los prisioneros en capilla;
 Y al capellan Sotomayor que vaya

A prepararlos esta misma noche.

—¿Cuándo es la ejecucion?

—Para mañana.

—¿Y al mayor general no se le avisa?

—¡Teneis razon, no sé lo que me pasa!

Dad la órden á él.

—¿Y el primer toque?

—Mandaréis que lo den despues de diana,
 El segundo á las siete.

—¿Y el tercero?

—Cuando lo mande el jefe de las armas.

En seguida se marcha el ayudante,
 Y el General tambien emprende marcha
 En direccion al rio; y en su orilla
 Desierta, silenciosa y ya velada
 Por las primeras sombras de la noche,
 Da rienda suelta á su dolor, y exclama:

"¡Corazon, esos eran los temores

"Y los presentimientos que anunciabas!

"¡Y yo creí que todos tus latidos

"Anunciaban guerreras asechanzas,

"Y previne los riesgos que temia,

"Mas no este golpe que destroza mi alma!

"¡Buitres hambrientos que buscais la presa

"Oprimida, indefensa y maniatada,

"Venid mañana al campamento mio,

"Batid alegres vuestras negras alas,

"Que si quereis festin de sangre hirviente,

"NICOLÁS BRAVO os la dará mañana!

"¡La sangre de trescientos españoles

"Correrá, como corren estas aguas!"

Y fijando su vista en la corriente,
 Ver le parece que impetuosa arrastra
 Mil cabezas que flotan. . . . y le miran. . . .
 Cabezas de hombres, á cercen cortadas:

Vuelve al cielo sus ojos, y en las nubes
 Flotan vellones de color de grana,
 Y en el espacio giran y lo pueblan
 Miles y miles de rojizas placas
 Que en círculos concéntricos se juntan,
 Se retiran, se acercan, se separan,
 Se retuercen en formas caprichosas,
 O en fibrosas madejas se desatan,
 Y cual lluvia de sangre van cayendo
 En la roja corriente del Jamapa.

.....

Es el vértigo aquello, es la locura
 Ya próxima á estallar. Por fin se aparta
 De la orilla del río; y de la tierra
 También rojos vapores se levantan;
 ¡Venganza y sangre!—oye que le grita
 Una voz al oído—voz humana
 Semejante á la suya.

—Sí,—contesta,—

Sentenciados están. ... ¡Sangre y venganza!

III

¡HERMANOS, DE MORIR HABEMOS!

Tan pronto como estuvo la noticia
 Casi en boca de todo el campamento,
 No tardó en penetrar en donde estaban
 Guardados los trescientos prisioneros
 Que el mismo Bravo remitió, esperando
 Fieles rehenes conservar en ellos;
 Y allá, en un galeron de más anchura
 Que todos los demas, y más extenso,
 Se ve, en el fondo, un blanco Crucifijo
 Que hace más blanco un cortinaje negro,
 Y encendidos dos cirios enlutados
 Que dan al aposento triste aspecto.

Varios grupos se miran esparecidos,
 Y aunque todos están en movimiento,
 No se nota el bullicio que en los grupos
 Que vimos de oficiales insurrectos;
 Que unos estan de pié, otros sentados;
 Ese otro de rodillas; y en el suelo
 Alguno se retuerce en convulsiones
 Que revelan su grande sufrimiento,
 Mientras otros están indiferentes,
 Mudos, absortos, espantados, lelos;
 Pues todos saben que se encuentran vivos
 Y que todos mañana estarán muertos:
 Tal es la órden que mandó se cumpla
 El general en jefe, el gran Morelos.

Leonardo Bravo, muerto en vil garrote
 Por defender de libertad los fueros,
 Será vengado por su propio hijo;
 Y ni uno tal vez de los trescientos
 Escapará con vida: así responden
 De Venegas al bárbaro decreto,
 Aquellos que por una vida sola
 Llegaron á ofrecer la de *ochocientos*.

El verdugo que en México domina
 De sangre mexicana está sediento,
 Y ahogar pretende en sangre la esperanza
 Y el porvenir del mexicano pueblo.
 ¡Sangre tendrás, verdugo, hasta la gola,
 Y quedará saciado tu deseo!
 ¡Cuántas madres y huérfanos y viudas
 Llorarán tan terrible desacierto!

El mismo sacerdote que hemos visto
 Dando la absolucion al guerrillero,
 Se encuentra allí para auxiliar á todos,
 Mas es seguro que no tenga tiempo
 De poder atenderlos uno á uno

En una sola noche: ¡son *trescientos!*
Y el buen padre, en voz alta, que procura
Tornar en cariñosa hasta el extremo,
Les dice:

—Que la paz sea con vosotros:

“Vengo á ejercer un triste ministerio,
“Mas nuestra santa religion me manda
“Auxiliáros en trance tan supremo;¹
“Mas pensad que sois muchos, hijos míos,
Y ni aun á costa del mayor esfuerzo
Podré yo revisar cada conciencia,
Ni hay tiempo que perder por el momento.

—Pero ¿será verdad? preguntan unos;
Y otros también preguntan:

—¿Luego es cierto?

—¿Y la causa?

—La ignoro.

—¡Mi familia!

—¡Mis hermanos!

—¡Mis hijos tan pequeños!

—¡Hijos, pensad en Dios!

—¡Pero mis padres!

—¡Y los míos!

—¡Yo puedo dar dinero

Por rescatar mi vida! ¿Cuánto quieren?

—¡Hijos, hijos! ¡Por Dios! Se pasa el tiempo

Y correis riesgo de perder el alma

Sin estar ciertos de salvar el cuerpo.

—Padre, ¡pero morir tan de improviso!

—¡Hermanos, todos de morir tenemos!

—¿No hay esperanza?

—¡En Dios! Sólo un milagro

Os puede ya salvar, á lo que creo

Perdonad mi lenguaje mas os miro

Tocando los umbrales de lo eterno,

Y debéis disponer vuestros asuntos

Hacedlo, pues, con brevedad y acierto,

¹ Versos de un drama de R. de Zayas Enríquez.

Pues dentro breves horas será tarde
¡Resignacion! ¡Valor! Vamos, hacedlo!

Y en aquella reunion de hombres tan varios
Los primeros conformes son los viejos,
Que en todas partes la vejez es digna,
Sirve tan sólo para dar ejemplo.
Piden recado de escribir, y al punto
Tienen papel y plumas y tintero
Para formar los últimos encargos
Que han de ser otros tantos testamentos;
Y al buen padre le van dejando todos
La mision de cumplir con sus deseos,
Y él, oyendo, apuntando y preguntando,
Contesta á cada uno:

—Lo prometo.

Y cuando al parecer quedaron listos
Los encargos de todos, el silencio
Reclamó el sacerdote, y con voz clara
Que todos igualmente oír pudieron,
Así exclamó:

—Dentro de breves horas

Debeis comparecer ante el Eterno

Y presentaros limpios de pecado;

Si pedís el perdon de vuestros yerros,

Si perdonais á vuestros enemigos

Y os pesa de los daños que hayais hecho,

Dios os perdonará, pues *Él* es Grande,

Clemente, Poderoso, Justo y Bueno.

Pensad que cada instante que transcurre

Os acerca al sepulcro, y yo no puedo

Daros la absolucion, si ántes contritos

No demostrais vuestro arrepentimiento.

Y todos de rodillas se postraron,

La cabeza inclinada sobre el pecho,

Y el Cura dijo:

—Repetid conmigo:

“ Soy pecador, Señor, y lo confieso,
 “ Pero si fueron muchos mis pecados,
 “ Yo te pido perdón de todos ellos.
 “ Me pesa de las faltas cometidas
 “ En obras, en palabra y pensamientos,
 “ Y aquí de todo corazón perdono
 “ A los que en esta vida me ofendieron:
 “ Pronto á comparecer ante tu vista,
 “ Oye, Señor, mi postrimero ruego.”

Y la plegaria todos entonaron
 Con varonil y fervoroso acento;
 Y aquel coro punzante y doloroso
 Vibrando, sin hallar humano eco,
 Escapaba por entre los carrizos,
 Pero escapaba en dirección al cielo,
 Y para dar salida á la plegaria
 Dábase prisa en penetrar el viento;
 Y oscilaban las llamas de los cirios,
 Y se agitaba el cortinaje negro,
 Produciendo en la faz del Cristo blanco,
 De sombra y luz fantásticos efectos
 —En el nombre de Dios, que es Uno y Trino,
 Y de la Santa Virgen, yo os absuelvo—
 Exclamó el sacerdote—

Y vieron todos
 Que los labios del Cristo sonrieron
 Y algo como el preludio de cien flautas
 Se oyó brotar de los carrizos huecos.

IV

VENGANZA DE INSURGENTE.

I

La noche llegó ya: todo en silencio
 Se encuentra sumergido. Solo se halla
 Nicolás Bravo en medio de su tienda,
 La frente en ambas manos apoyada,
 Cual si quisiera detener las múltiples
 Ideas tumultuosas que le asaltan:
 El rostro tiene iluminado á medias
 Por un pequeño rayo que se escapa
 De una lámpara, vulgo *mariposa*,
 Cubierta en derredor, de una mampara
 Que envuelve en sombras todo el aposento.

Es la hora misteriosa en que las hadas
 Fijan en caracteres cabalísticos
 El porvenir de la criatura humana;
 La hora en que la noche se despide
 Arrojando centellas de su falda,
 Que quedan como huellas en el cielo
 Para marcar la senda á la mañana;
 La hora en que el silencio es más solemne;
 Cuando se oye caer como una maza
 La fruta ya madura, desprendida
 Por los sordos esfuerzos de las ramas;
 Cuando distintamente se percibe,
 Sintiendo entónces sensación extraña,
 El ruido crepitante que produce
 El cuerpo del reptil en la hojarasca;
 Cuando en torno parece que se escuchan
 Ceceo de voces y rumores de alas;
 Es, en fin, media noche, y de repente